



**XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007**

## **LO JOSEANTONIANO PARA EL SIGLO XXI**

**MANUEL PARRA CELAYA**

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía).

### **1. PREÁMBULO**

Esta edición de la Universidad de Verano José Antonio lleva por título «Los Joseantonianos y la transición política». A lo largo de varias sesiones se ha tenido oportunidad de debatir *históricamente* el pasado; quiero decir que hemos mirado *hacia atrás*, pero a lo mejor no con el afán científico y objetivo del historiador, desapasionado en su búsqueda de saber qué ocurrió, sino con la tensión y la subjetividad de quienes, quizás, arrastramos una frustración: unos, porque sus esfuerzos para dar una salida digna a una situación histórica excepcional derivaron en situaciones contrarias a sus deseos, previsiones e ideas; otros, por no haber conseguido que «la Falange se consolidara en cosa duradera», en unos momentos en que todas las fuerzas políticas se apresuraban a ponerse al día y a competir en las pruebas y posibilidades que se abrían con el cambio de Régimen.

De momento, permitirme opinar que *nosotros no lo hicimos* en absoluto, o no lo hicimos nada bien. Y dejo por el momento de hablar del pasado, de lo que se ha llamado Primera Transición, que es a lo que me imagino se refería el título de esta edición de la Universidad de Verano.

Con lo que acabo de decir –bastante duro para empezar– nadie se extrañará que confiese que, cuando José Manuel Cansino me propuso esta intervención, le pidiera lo primero que me permitiera alterar el título de la conferencia, que originalmente era «Lo joseantoniano en la sociedad española del siglo XXI», y le comentase inter nos que eso se resolvía con un folio en blanco.

Estamos viviendo la Segunda Transición –según dicen los que saben de esas cosas– y, al echar una mirada fugaz hacia la Primera, no podemos menos que dejar de concluir que «de aquellos polvos vinieron estos lobos».

De todo ello hablaremos en estos momentos, abusando de vuestra paciencia, pero ya adelanto que me gustaría más suscitar el debate sobre la Tercera Transición, ésa para la que todos afilan sus armas, que esperemos transcurra siempre por los cauces del diálogo y de la convivencia.



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

También quisiera matizar otro aspecto del cambio de título (al que el amigo Cansino y demás organizadores accedieron al instante): sustituí «sociedad española» por «sociedad» a secas, porque entiendo que todo cambio, en ideas o en la realidad práctica, que se pueda producir, no afectará tan sólo a nuestro ámbito más directo e inmediato, sino que tendrá, *por lo menos*, una dimensión europea. Nos podrá gustar o no, pero, parafraseando a alguien muy conocido, nosotros no llevamos la batuta del mundo.

En el fondo, todo se centra precisamente en la palabra «transición», es decir, «pasar de una parte a otra»; primera cuestión: ¿desde dónde?; segunda: ¿hacia dónde?

- La Primera Transición en lo político, se realizó desde la autocracia de Franco hacia la homologación con el tipo de régimen del mundo occidental, y esto –como nos han señalado varios autores, empezando por el profesor Enrique de Aguinaga– estaba previsto por el propio Franco. Pocas sorpresas, pues. En lo económico, se siguió el mismo rumbo que el régimen fenecido había adoptado desde el primer momento, en general, y desde 1959, en particular, rumbo totalmente dispar de aquellas teorías, sobre el papel, del «Estado Nacional Sindicalista», con el que el franquismo se adornó en sus primeros pasos. Tampoco en este campo hubo excesivas sorpresas. Si se quiere, en todo caso, se suprimieron algunas trabas de carácter social que el franquismo había instalado –por influencia de falangistas– en el camino del desarrollo capitalista.
- La Segunda Transición se está realizando desde aquel «consenso» pactado (y valga la redundancia) hacia los planteamientos de la II República, y esta operación retorno es para muchos más sorprendente. Tampoco será muy acertado afirmar que se va «de la Monarquía a la República», de modo simplista, porque no se trata sólo de formas de gobierno, sino que está afectando al contenido de la «sociedad política» y de la «sociedad civil», y puede afectar a la propia definición de España. Pero este absurdo histórico choca, no solamente con las lógicas resistencias sociales, sino con los movimientos del tablero de ajedrez que es la política a escala europea y a escala mundial, lo cual es una ventaja para los que queremos seguir el curso de la historia de forma progresiva y no regresiva. Con todo, las incógnitas se nos abren cada mañana.
- La Tercera Transición, como es natural, es la que suscita más dudas; por una parte, porque se cumple lo que dijo el poeta

«ni está el mañana ni el ayer escrito»

y, por la otra, porque tenemos insuficiente información sobre lo que cada uno pretende. *En lo que sí podemos trabajar, y ahí quisiera central el debate, es en trazar grandes líneas, de momento, sobre lo que queremos, lo que podemos y lo que estamos dispuestos a hacer los llamados joseantonianos.*



## **XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007**

Quisiera dividir mi intervención en tres apartados, que señalo ahora para mayor comodidad de todos:

1. En primer lugar, una *introspección*, esto es, una mirada hacia nosotros mismos, para saber lo que queda de *joseantoniano* en grupos y en personas.
2. En segundo lugar, una *extrospección*, una mirada hacia fuera, para tratar de averiguar lo que hay de *joseantoniano* en el exterior, en el aquí y ahora en que nos movemos.
3. Por último, una *proyección*, para que debatamos lo que puede y debe hacerse desde una perspectiva *joseantoniana*.

### **2. MIRADA INTROSPECTIVA**

Esta mirada hacia dentro la enfocaremos en dos perspectivas: colectiva y personal.

#### **A. Colectiva**

Llegó la hora de la autocrítica. Y lo primero que salta a la vista es que cada uno de nosotros tiene su «circunstancia» que determina su interpretación personal. El que os habla, por ejemplo, se reconoce como carente de toda autoridad para formular una crítica; allá en los años de la primera transición (y bastante antes) buscaba, junto a la *autenticidad*, la utopía de la *unidad* entre los falangistas, y a ello dedicó sus esfuerzos sin «fichar» por grupo alguno, si bien, para ser consecuente, correspondió a cuantos requerimientos de colaboración se le plantearon desde todos ellos.

Debo, pues, limitarme a expresar opiniones, que, como tales, pueden ser erradas o deformadas por mi perspectiva personal. Ni quiero ni puedo enjuiciar trayectorias; presupongo la recta intención de todos, por lo que solicito que también se presuponga la mía al formular estas opiniones.

Un reciente libro que trata, entre otras cosas, del falangismo en Cataluña, menciona «la lucha suicida por la legitimidad»; su autor, Xavier Casals i Meseguer, que no es falangista pero que no se deja llevar por filias ni fobias, dice que el falangismo se convirtió, durante la transición, en una serie de «universos fragmentados», y que «cada sector enfrentado se proclamó depositario de la ortodoxia, y, por tanto, de la legitimidad».

La larga y triste historia de «refundaciones», escisiones, fusiones, breves acuerdos y enfrentamientos (incluso personales, físicos y jurídicos) traslucía una gran mediocridad que se tradujo, necesariamente, en la situación que estamos viviendo; quizás algo dramáticamente, un amigo acuñó la expresión de que «somos falangistas a título póstumo».

El hecho, al parecer irreversible, es la fragmentación del marco de referencia *joseantoniano* en partidos, grupos, grupúsculos y tendencias antagónicas. Y, entre ayer y



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

hoy, miles de personas desengañadas que han abandonado la militancia o han elegido otros campamentos más serios...

¿Las causas? Podríamos hablar de varias, pero quizás ha pasado el momento y la necesidad de profundizar en ello; de modo sucinto, opino que se podría resumir en las siguientes:

- **De tipo ideológico:** pueden proceder de lo que Moisés Simancas denomina «focos de tensión» en la génesis de la Falange y Cantarero del Castillo llamó «contradicciones constitutivas». El Nacional sindicalismo fue un *movimiento de síntesis*, que empezó a trabarse, pero el tiempo de elaboración fue acaso insuficiente. Por otra parte, síntesis no es sincretismo, simple añadido de contrarios o «compromiso», sino configuración de un elemento nuevo, nacido por fusión y elevación.

En nuestros días, ha bastado con extremar o radicalizar los elementos de una tesis o de una antítesis –lo procedente de la derecha o de la izquierda, del liberalismo, del socialismo, del fascismo o del sindicalismo revolucionario– para romper la síntesis *esbozada* por José Antonio.

Si a esto añadimos –tristemente– la falta de profundización en las ideas, de estudio y de lectura, podemos tener una visión aproximada de las causas ideológicas de la diáspora.

También hay que decir que esta radicalización de elementos constitutivos ha sido muchas veces impulsada por las circunstancias, porque *hemos sido ampliamente rebasados por ellas y nos hemos limitado a seguir mirándonos unos a otros, en lucha por la «legitimidad» estéril.*

- **De tipo personal:** inevitables en cualquier grupo humano, pero extremadas, en nuestro caso, por una tremenda ausencia de generosidad. El *estilo* derivó en rito, y éste en estatua; o, si se prefiere, quedó en palabra sin convertirse en un concepto interiorizado.
- **De falta de liderazgo:** me refiero a un liderazgo estrictamente político, concebido como servicio y no como iluminación, y no limitado a la figura del guerrillero hispánico, jefe de partida montaraz.

Hemos tenido, qué duda cabe, excelentes guerrilleros y, en otras épocas, buenos mandos, formados en los Covaledas y Riaños de la historia, pero no líderes con visión amplia, conocimiento de objetivos y cualidades para hacerlos alcanzar.

- **De tipo histórico:** se pueden representar en «apellidos» anacrónicos. Hace poco un buen amigo se me definía como «ramirista»... No hace falta tampoco insistir en nuestra manía de resucitar agravios o «demonios» del pasado (franquismo-



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

antifranquismo). Es curioso que, entre este tipo de causas, no sean muy destacables las estrictamente generacionales.

- **Estratégicas y tácticas:** muy vinculadas a las ideológicas, pero que han sido determinantes cuando se ha puesto en práctica una gran dosis de intransigencia, sin tener en cuenta el perspectivismo orteguiano, que nos dice que puntos de vista distintos pueden ser complementarios y no antagónicos.
- **Sugeridas o provocadas desde el exterior:** No se trata de maximizarlas (caza de brujas), pero tampoco de descartarlas (¡ingenuidad!). Haberlas haylas...

En resumen, además de no haberse consolidado en cosa duradera, el falangismo ha devenido en una caricatura de sí mismo. Quizás podríamos hablar de un «falangismo sociológico», pero tan confuso como si habláramos de un anarquismo o de un tradicionalismo del mismo tipo, sin peso ni entidad y carentes de futuro político.

Hemos quedado reducidos a lo *testimonial*, lo cual puede ser muy digno... pero nada más. Recordemos que «la política es una partida con el tiempo», partida que de momento hemos perdido.

### B. Personal:

De muy joven, me enseñaron que «la revolución empieza por uno mismo». Sin usar, quizá por anacrónicas, tan altisonantes palabras, sí podemos llevar a cabo ahora una introspección personal, acerca de nuestra identificación con lo joseantoniano.

Si repasamos las *Obras Completas* (ese magnífico regalo que nos ha hecho recientemente nuestro camarada Rafael Ibáñez), como lectura no política, podríamos obtener de ellas una impresionante *guía de carácter ético*. Aun dejando de lado un José Antonio político, podemos admirar a un José Antonio hombre, que se empeñó en afirmar que su propuesta era más una «manera de ser» que una «manera de pensar». ¿Hemos interiorizado suficientemente esa «manera de ser», que podríamos llamar «talante» (y ustedes perdonen por señalar)? ¿Qué hay de joseantoniano en nosotros mismos?

Cierto camarada repite que, a veces, hay que ser infiel a José Antonio en lo político para serle fiel en lo personal, y con ello quiere destacar la *supremacía del modo de ser* frente a programas, fórmulas, interpretaciones y propuestas que hagamos en cada circunstancia.

Creo que fue Giménez Caballero quien definió la Falange como «Orden de Caballería»; muy bonito, pero como tantas otras cosas esa imagen se la llevó la historia. Ser falangista o joseantoniano no es un carisma, como solía decir Narciso Perales.

Es conveniente que cada uno de nosotros se plantee esa autocrítica personal para saber si, ante cada circunstancia o momento que vivimos, nos dejamos llevar por esa *idea de*



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

*la existencia* que es el Estilo, sin que exista un programa que nos diga lo que tenemos que hacer, al modo del símil de las parejas de enamorados, que se abrazan, se besan o discuten sin que ninguna instrucción les diga cuándo tienen que hacerlo.

Sin ponernos tan dramáticos, también podríamos formularnos esta autocrítica en los siguientes términos: ¿nos seguimos creyendo a José Antonio? Y no me refiero a ser partidarios de nacionalizar hoy la banca o de postular una transformación en las relaciones de trabajo, sino a tenerlo como *referente* humano de capacidad de renuncia, de servicio, de abnegación, de honradez intelectual, de prudencia y gallardía, de búsqueda poética... es decir, de todo aquello que compone el tan cacareado estilo.

### 3. MIRADA EXTROSPECTIVA

Cuando el profesor Adriano Gómez Molina daba sus entusiastas lecciones sobre José Antonio, allá por los finales 60 (aquel «José Antonio testimonio» cuyo prólogo era toda una consigna de actualización y de realismo para los iniciados en el tema), ya se decía con toda lógica que el mundo era totalmente distinto al que conoció el Fundador; se mencionaban, entre otros hitos, el resultado de la II Guerra Mundial, la aplicación de la energía atómica, la entrada de España en la ONU y en el FMI y el Concilio Vaticano II.

¡Cuánto más podríamos decir en nuestros días, cuando la aceleración histórica ha adquirido la velocidad de la luz y, por ejemplo, la revolución de la Electrónica nos hace levantarnos cada mañana con la sensación de que nos hemos quedado atrás, que no conocemos el mundo que nos rodea, como en un viaje de la Máquina del Tiempo de Wells!

¿Cómo concebir hoy una revolución en Occidente? Y me refiero a una revolución en el sentido exacto de la palabra: una transformación radical. Nuestro mundo se ha vuelto, por una parte, blindado, pero, por la otra, «líquido», con una fluidez inaprensible. Así, nos dirá Zygmunt Baumann :

Si ha pasado la época de las revoluciones sistémicas, es porque no existen edificios para alojar las oficinas del Sistema, que podrían ser invadidas y capturadas por los revolucionarios; y también porque resulta extraordinariamente difícil, e incluso imposible, imaginar qué podrían hacer los vencedores una vez dentro de esos edificios (si es que primero los hubieran encontrado), para revertir la situación y poner fin al malestar que les impulsó a rebelarse [...]

Es rigurosamente exacto: hoy no se puede asaltar la Bastilla, ni tomar el Palacio de Invierno, ni marchar sobre Roma...

Pero es que, incluso, *parece* ser imposible optar a una transformación «desde dentro» del propio Sistema. Se puede y está permitido discrepar de lo anecdótico, pero queda rotundamente invalidado y prohibido cuestionar el Sistema por sí mismo, poner en entredicho sus bases o formular alternativas a sus parámetros.



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

El orden general de las cosas no admite opciones; ni siquiera está claro cuáles podrían ser esas opciones y aun menos claro cómo podría hacerse real alguna opción viable, en el improbable caso de que la vida social fuera capaz de concebirla y gestarla.

sigue diciendo Baumann.

Claro que los párrafos que acabo de leer se han escrito desde el análisis del Sistema por sí mismo: constituyen un intento más, muy lúcido por otra parte, de explicar el proceso dialéctico de Modernidad-Postmodernidad. Pero no en vano el profesor español José Antonio Marina ha acuñado el término *Ultramodernidad*, que pretende ir más allá de esta dialéctica fatalista en la que estamos encerrados.

Quiero decir con ello que el determinismo histórico es la coartada del Sistema para defenderse de eventuales ataques a su línea de flotación y que, descartadas alternativas de otras épocas, sí que es posible abrir puertas a la esperanza en un mañana que, como el ayer, no está escrito.

Siguiendo este razonamiento, volvemos a encontrarnos con lo joseantoniano, no entendido como «profecía» (José Antonio jamás se las dio de profeta), ni como llamada a la tradición repetitiva o cíclica de la historia.

Es mi intención citar una serie de *síntomas*, que nos pueden parecer alarmantes o esperanzadores, y que yo quisiera que se tomaran como *retos*. Nos pueden señalar, incluso, el camino que hay que seguir (que es lo que intentaré en la última parte de la conferencia con la *mirada prospectiva*).

Como un inventario apresurado y sin observar ningún orden de importancia, vamos a señalar alguno de estos *síntomas-retos* de nuestra sociedad y de nuestro mundo:

### 31. El cuestionamiento de la propia democracia

Siempre he dado poca importancia ideológica a la cita sobre «la forma y el contenido de la democracia», que, como todos sabemos, corresponde a enero de 1931, etapa, pues, pre-falangista y de signo conservador en el marco de la Unión Monárquica.

Esta poca importancia se debe, en primer lugar, a ese motivo (fecha y fase de elaboración ideológica en José Antonio) y, en segundo lugar, a que me parece una obviedad: donde pone «democracia» podríamos poner tranquilamente «convivencia». Es decir, no se refiere a la democracia *como doctrina*, como «religión» del Sistema, tal como se ha convertido hoy en día.

Ahora bien, pongamos «democracia» o «convivencia», lo cierto es que entonces y ahora la democracia es meramente formal, porque ha sido secuestrada por sus máximos beneficiarios: los partidos políticos y, dentro de ellos, por los profesionales de la política, edecanes de la clase financiera.





## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

Este verano he leído un interesante artículo del catedrático de Derecho Administrativo de la Universidad de León, Francisco Sosa Wagner, en el que se refería irónicamente a este tema. Comparaba la situación de Alemania con la de España, que se caracterizan, como en casi toda Europa, por la falsificación del «gobierno de pueblo», o, si se prefiere, por la usurpación de ese gobierno por parte de las oligarquías políticas. Ello nos lleva a un doble análisis:

- a) El primero es de forma: cómo los partidos y sus castas directoras disponen, en palabras de este catedrático, «de la llave de una despensa bien abastecida que no están dispuestos a compartir»; y Francisco Sosa alude en concreto a las reglas de financiación, al copo de los cargos públicos, al control de las listas cerradas, al clientelismo y a la politización de la justicia.
- b) El segundo afecta al fondo, y es más grave aún: las oligarquías de los partidos han suplantado, mediante el sistema de favorecer a sus paniaguados, a las aristocracias verdaderas o elites que toda sociedad –llámese o no democrática– necesita para avanzar.

La mediocridad es la tónica general y la nivelación a la baja el objetivo del Sistema (pensemos en la Enseñanza actual).

No sólo el profesor Sosa Wagner advierte estos hechos, ni Von Arnim, al que cita en el mencionado artículo: se dan cuenta los ciudadanos, que están protagonizando altísimos porcentajes de abstención. Y se dan cuenta los propios partidos, que observan cómo la sociedad ha iniciado una suerte de rebelión porque desconfía de la democracia otorgada. En las actas del Congreso del PSOE de 1998 ya se leía lo siguiente:

Asistimos a una auténtica eclosión de asociaciones y organismos de una extremada diversidad que actúan en todos los campos imaginables y que son reflejo de una auténtica vocación ciudadana de trabajar de una forma organizada, pero *distinta a la de los partidos políticos*.

Este creciente protagonismo de la sociedad civil ha sido detectado, por tanto, por los partidos, que se han apresurado a poner al frente de estas asociaciones y organismos – *auténticas unidades naturales de convivencia*– a sus peones, del mismo modo que los grupos mafiosos pretendían controlar los sindicatos norteamericanos.

¿No estamos asistiendo a la búsqueda de autenticación de la participación? ¿No se está dando la razón a una concepción *orgánica* de la sociedad, entendida como entramado de relaciones, frente a la concepción individualista, que favorece, con la demagogia y el voto controlado, los tejemanejes de los partidos?

Recordemos que el *organicismo social* tiene un doble origen en España: tradicionalista y liberal (krausismo), y que fue de estas fuentes, y no del fascismo, de donde José Antonio elaboró sus afirmaciones para sustituir los artificiales partidos por las entidades naturales de convivencia.





## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

He aquí, pues, un rasgo joseantoniano que está apuntando en toda Europa. A él podríamos añadir, en el terreno de la ética, la búsqueda del político como *servidor* frente a los profesionales, es decir, el rechazo de la casta y su sustitución por el «nobleza obliga» o la de «renunciaremos a nuestros privilegios pero nunca a nuestras obligaciones»

### 32. El fenómeno del voluntariado

La sociedad capitalista, por propia definición, potencia, junto a cualidades como el riesgo, la capacidad emprendedora y el esfuerzo, otras mucho menos dignas, como el mercantilismo, el egoísmo, el afán de lucro y el consumismo a ultranza.

Su tónica es promover aquellos aspectos que procuran el bienestar propio, en franca insolidaridad frente a los otros: se potencia lo egoísta frente a lo altruista. Pero en el seno de esta sociedad establecida está renaciendo un envidiable espíritu que poco o nada tiene que ver con sus constantes: me estoy refiriendo al *servicio*, a la entrega a un bien colectivo sin esperar recompensa alguna; ese *voluntariado*, iniciativa no surgida del mundo de la política sino desde lo más hondo del ser humano, para cubrir aquellas necesidades que el gobierno de los partidos y de los políticos era incapaz de satisfacer.

¿No habíamos quedado en que el Estado del Bienestar garantizaba sociedades felices y democráticas? Al parecer, no bastan las fórmulas neoliberales ni los remiendos socialdemócratas, y es de nuevo la juventud la que es capaz de alistarse en una ONG o dedicar sus vacaciones a limpiar rocas gallegas.

Mi conclusión es que la invocación joseantoniana a los resortes más altruistas de los seres humanos y especialmente de la juventud no era retórica ni populismo, sino que se basaba en el conocimiento de una realidad evidente, y que sigue siendo un síntoma esperanzador frente a todas las previsiones pesimistas.

### 33. Un debate entre distintas concepciones del mundo

Podemos constatar que el mundo sigue siendo escenario de la lucha entre dos modos de interpretar la vida; aparentemente, prevalece la materialista, la que no ve más allá de los cortos límites de la existencia y aspira únicamente al mayor disfrute de lo que se pone a su alcance.

Cuando una indignada derecha española tildó a José Antonio de «bolchevique», la respuesta de éste fue de las antológicas y sirvió para desacreditar –entonces y ahora– a quienes se llenan la boca de sublimes palabras (familia, religión, patria, orden...) como excusa para mantener un status y unos privilegios que les otorga lo establecido: habló del «bolchevismo de los privilegiados».

El hecho de que nadie utilice ya la palabra «bolchevique» (y de que nuestros alumnos de la ESO y de Bachillerato no sepan lo que quiere decir) no es óbice para que, en el sentido que le dio José Antonio, ese bolchevismo siga predominando en nuestros días, a



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

la derecha y a la izquierda. Y a ese «bolchevismo de los privilegiados» el primero que les estorba es Dios.

El laicismo imperante mantiene por decreto la «muerte de Dios» y de todo lo que esto conlleva, empezando por la concepción trascendente del ser humano. A consecuencia de ello, el hombre es ajeno a sí mismo (alienación) y encuentra serias dificultades para justificar su derecho a la dignidad, a la libertad, a la igualdad y a la integridad.

De nuevo comprobamos que, detrás de toda teoría política o filosófica, se encuentra la teología, y mucho más en el caso de José Antonio, que quiere actualizar lo que fue la interpretación española del mundo, fundamentada en la trascendencia del hombre, dotado de un alma inmortal, marcado con el sello de la dignidad por ser hijo de Dios y dotado del indiscutible atributo de la libertad.

No es extraño que la Iglesia Católica considere hoy a Europa como «tierra de misión», al observar que precisa urgentemente una nueva evangelización; claro que, por desgracia, no tiene a la España oficial como adelantada en esta tarea, como en las épocas de plenitud...

Lo cierto es que siguen estando en liza las dos concepciones del mundo, en Estrasburgo, en Madrid, en Barcelona, en las calles de nuestras ciudades, y nosotros debemos seguir apostando por una de ellas. El síntoma del rearme espiritual de Europa es para nosotros un reto.

Pero este debate incluye en sí mismo la clave de un *equilibrio entre individuo y comunidad*, por la armonía o desarmonía de los fines de ambos, el arraigo o el desarraigo de los hombres, la integración o desintegración de comunidades históricas.

Profundizar en esta línea me llevaría a transformar esta conferencia en una clase de Filosofía, disciplina para la que están mejor preparados muchos de los aquí presentes. Pero no puedo menos que apuntar brevemente un aspecto que seguro que nos ronda por la cabeza a cuantos hemos pretendido profundizar en el pensamiento joseantoniano; me estoy refiriendo a la *concepción personalista* frente a la individualista; intentaré resumir mi explicación.

El hombre es, por naturaleza, un ser social, es decir, un hombre –entre–los–demás–hombres; en otras palabras, es *persona*, que desempeña una serie de roles entre los demás, creando así la sociedad. Como tal es reconocido por el Derecho, que le da el «espaldarazo» de persona y, por tanto, será *ciudadano* miembro de una comunidad política, cuya misión principal es favorecer el cumplimiento de los fines personales.

El individualismo invierte los términos: los demás, la «ciudad», están al servicio de un ser individualizado e individualista que es renuente a servir. El ya citado Baumann lo especifica en su análisis del mundo en que vivimos:



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

El individuo es el enemigo número uno del ciudadano, sugería Tocqueville. El ciudadano es una persona inclinada a procurar su propio bienestar *a través del bienestar de la ciudad*, mientras que el individuo tiende a la pasividad, al escepticismo y a la desconfianza hacia la «causa común», el «bien común», la «sociedad buena» o la «sociedad justa».

La tesis personalista de José Antonio, su visión del hombre y del servicio, de la armonía entre fines del ciudadano y fines de la comunidad sigue, pues, vigente en estos días y forma parte de esa lucha-reto entre interpretaciones del mundo a que me refería.

Además, este personalismo puede aplicarse, siguiendo también a José Antonio, a los pueblos. Si en lo humano no acepta ni el individualismo ni el colectivismo (que traía aquella «invasión de los bárbaros»), en lo histórico no es ni nacionalista ni internacionalista; porque es precisamente la Historia la que transforma el pueblo en *patria*, alejándolo de las tentaciones románticas del nacionalismo, que es el «individualismo de los pueblos».

Baste este sencillo apunte que nos llevará a acometer el estudio de otro rasgo y reto del mundo en que vivimos.

### **34. La superación del Estado-Nación y su armonía con la Supra-Nación**

La razón del desasosiego en que vive el hombre, junto al rasgo de alienación que ya hemos dicho, es la *inseguridad*. El mundo derriba fronteras y se globaliza; en contrapartida, algunos quieren afianzar sus «raíces» y se apegan a ellas: nos hallamos entre la *pequeña aldea* (nacionalismo) y la *aldea global* (mundialización).

La solución encontrada hace varios siglos –el Estado-Nación soberano– se está quedando insuficiente para resolver el conflicto.

Por una parte, esa ansia de retornar a las raíces sacude desde dentro el Estado-Nación y amenaza con fragmentarlo. Por otra, ese Estado-Nación pierde prerrogativas al integrarse en unidades superiores y queda desdibujado.

¿No vale la pena profundizar ahora en aquella formulación personalista para hallar la armonía? Como veis, estoy hablando en términos joseantonianos para el siglo XXI.

Creo que la definición de «unidad de destino en lo universal» puede ir más allá de una concepción de España y aplicarse a la búsqueda de los necesarios espacios supranacionales, en dinámica abierta que integre al hombre y a sus comunidades en entornos progresivos.

Se trata de sustituir siempre los círculos cerrados por *elipses*, siempre abiertas, que logren superar los espacios previos sin destruirlos y proyectarse así sobre la siguiente curva. *Siempre que se atine con una misión o tarea que cumplir juntos*.

De este modo, otro rasgo actual del mundo en que vivimos, fuente de inseguridad, se convierte en reto, si lo enfocamos en clave personalista y joseantoniana. La



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

construcción de Europa, la construcción de la Hispanidad (a pesar de los indigenismos regresivos) deja de tener como única base de referencia el pasado –el siempre volátil término de «cultura»– para afianzarse en un proyecto de futuro.

Pensemos, además, que esta idea no es novedosa, sino que tiene su entraña, como todo lo joseantoniano, en aquella interpretación española de la historia, que no fue nunca nacionalista, sino que se negó a sí misma para construir la «Monarquía Católica», esto es, universal, fundamentada siempre en la igualdad entre todos los hombres como hijos del mismo Dios.

### 35. La imparable inmigración

Esta interpretación dinámica y *personalista* de la historia nos puede servir también para afrontar otro de los retos acuciantes de nuestra sociedad: la inmigración, el movimiento imparable de grandes masas de seres humanos de uno a otro espacio de la tierra.

Frente a la concepción estática de la nación, que dicen que debe caracterizarse por su *homogeneidad* interna, el planteamiento joseantoniano es dinámico, y parte de la *heterogeneidad* compositiva de las comunidades históricas: España se caracterizó por integrar razas, pueblos, lenguas y culturas en un gran *proyecto universal*.

¿No es urgente reencontrar ese proyecto para integrar a esas grandes poblaciones humanas, no sólo en España sino en toda Europa? Para eso habrá que *definir ese proyecto*, rebuscando en las raíces espirituales y filosóficas, *actualizándolo* (es decir, transformándolo de potencial en actual, de potencia a acto).

Me viene al recuerdo mi lejano curso de Coaleda, en el que participábamos cadetes de la Península y también procedentes de las llamadas entonces «provincias africanas»: al atardecer, mientras unos asistíamos a las Misa en la capilla, en el bosque cercano otros rezaban arrodillados sobre sus mantas; al finalizar, el toque de corneta nos hacía formar con el mismo uniforme (la camisa azul), con el mismo canto (el Cara al sol), ante las mismas banderas... (Permitidme un simbolismo histórico y más lejano: aquella era como la integración de pueblos distintos en las mismas legiones romanas, integrados en el proyecto sugestivo del Imperio romano).

Además, nosotros contamos con la ventaja de que gran parte de la inmigración representa un «viaje de vuelta» en el mestizaje: ojalá pudiéramos convencer a los jóvenes hispanos de nuestras ciudades de que aspiraran a convertirse en tales hispanos y no en yanquis de segunda categoría.

Mientras partamos de concepciones cerradas de la Nación o de la Comunidad Europea, unidas tan sólo por móviles de mercado o necesidades tecnológicas y estemos sólo atentos a la seguridad en las «raíces», inmigrantes y nativos estarán condenados a guetos antagónicos, en difícil asimilación; por el contrario, si partimos de que las comunidades históricas son «unidades de destino», tienen cabida en ellas quienes



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

participen en ese proyecto integrador sugestivo, con sus aportaciones peculiares propias de todo mestizaje.

Así, frente al *multiculturalismo*, que es amalgama o mosaico, creo que se debe proponer un *interculturalismo*, que es comunidad de fines, de objetivos, desde los más primarios hasta los más elevados, como propuesta de «hacer algo juntos», en vez de «estar juntos» simplemente, dejando los enfrentamientos como problema de orden público o razón de populismos.

### 36. ¿Una nueva lucha de clases?

Aquella triple alternativa que, en los años 35-36, propuso José Antonio frente al capitalismo ha sido calificada de utópica por bastantes analistas de su pensamiento, a la par que de profundamente revolucionaria. No entremos ahora en ucronías. Lo cierto es que no derivó ni en posibilidad ni en realidad, y la política –y lo repito– es una partida con el tiempo.

Ahora bien, ¿quiere eso decir que es inconcebible que puedan plantearse, en nuestros días, posturas alternativas para un Sistema que se sigue revelando como *insuficiente* para atender a las necesidades mínimas de millones de seres humanos y como *injusto* en la distribución de la riqueza y de la cultura?

Podemos mencionar posiciones, nada antiguas ni utópicas, que han levantado su voz actualmente contra ese capitalismo que es, a la vez, tan distinto del que conoció José Antonio y tan próximo a aquél en sus fundamentos. Los que nos asomamos a la *Laborem Exercens* del fallecido Juan Pablo II no pudimos menos que sentir que nos hallábamos ante expresiones familiares, por ejemplo.

O, cuando hace algunos pocos años advertimos cómo la fuerza del sindicalismo nacional polaco era capaz de hacer frente a un régimen y derribarlo, no pudimos menos que considerar con alegría viejos planteamientos que parecían condenados irremediabilmente al desván de la historia.

Yo no sé si el sindicalismo ha muerto en Europa; seguramente sí ha muerto una etapa y una forma del sindicalismo, y los actuales sindicatos difieren mucho del sindicalismo reivindicativo histórico; por otra parte, parece no haber lugar para un sindicalismo revolucionario, quizá por la situación que antes describía en citas de Baumann.

Posiblemente, lo que ha muerto es el viejo concepto de clase social y los actuales movimientos sociales, más que de trabajadores a la antigua usanza, pueden entenderse como de «productores», de consumidores o sencillamente de ciudadanos, lo que nos lleva aún más cerca de la visión joseantoniana en este sentido.

¿No será que, como dice el economista Funes Rubert, sólo hay dos clases sociales: los que viven del mundo de las finanzas y los que viven de su esfuerzo, manual, técnico, directivo o intelectual? ¿No será que esa clase dominante, con el apoyo de la casta de



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

políticos, sostiene todo un entramado económico y nos quiere convencer que es insustituible? ¿No será que, a fin de cuentas, desmontar ese sistema y buscar caminos más justos sigue siendo «una alta tarea moral»?

Yo pediría a los economistas de raíz joseantoniana que se esforzaran, lo primero, en sustituir la vieja noción del «homo economicus» por otra más adecuada al ser humano, y que diera pie a la articulación de propuestas sociales y económicas desde otras bases.

Estos dos caminos –la redefinición filosófica y la propuesta de una nueva «lucha de clases»– pueden ser el inicio imaginativo pero nada utópico de transformaciones sociales y económicas que, de momento, sean capaces de controlar el capitalismo y, a la larga, de sustituirlo.

La Tercera Vía de Giddens y Blair sostenía, como cuatro puntos básicos en lo económico, el reparto equitativo de la riqueza, la igualdad de oportunidades, la responsabilidad y la solidaridad. Posiblemente, profundizando en esta línea encontramos respuesta a muchas preguntas y pistas para muchas inquietudes.

Digamos, de momento, que el propósito moral y socioeconómico de José Antonio puede considerarse vigente, pero nos toca a nosotros ser nuestros propios clásicos en un mundo cambiante.

### 4. MIRADA PROYECTIVA

No veamos, por lo tanto, en nuestro mundo tan sólo motivos para la desesperanza, que nos lleven a refugiarnos en lo testimonial o en la nostalgia; veamos *síntomas* que se conviertan en *retos*, *aunque no atinemos a concretar, por el momento, una filiación intelectual joseantoniana y una inquietud moderna en una postura política*. Filiación y postura actualizada hemos de encontrarlas en un debate común.

Como paso previo, recordemos el análisis que plantea de lo joseantoniano Miguel Argaya Roca, quien establece cuatro apartados:

- a) Lo superficial o accesorio, hoy trasnochado, constituido por elementos des-semantizados, fuera de contexto, y que constituye un «añadido», sin más.
- b) Lo contingente, las soluciones prácticas que dio José Antonio en su tiempo, inútiles hoy en tanto que ha cambiado el marco histórico.
- c) Lo permanente, constituido por la armonización de lo material y lo espiritual, los valores de la Patria y de la justicia.
- d) Lo esencial, que es la preocupación ética y metafísica, sobre la que se articulan todas las construcciones ideológicas posteriores.

Yo partiría de este último punto para la propuesta de transformar en *retos apasionantes* los síntomas preocupantes.





## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

Aquel historiador del que he hecho mención al principio, Xavier Casals, tras su análisis desapasionado pero demoledor de la trayectoria del falangismo, opina precavidamente que

en el mejor de los futuros políticos de este sector, el ámbito intelectual del falangismo podría transformarse en un eventual proveedor de cuadros o de una cierta intelectualidad que eventualmente incidiera en nuevos proyectos de posible signo tercerista, capaces de ejercer cierta influencia en la medida en que estuvieran desprovistos de su carga histórico-política.

Examinemos detalladamente esta propuesta ajena: ¿podemos ser «proveedores de cuadros»? En alguna medida, ya lo fuimos cuando la filosofía y la ética joseantonianas nutrían de savia los cursos de Covalada y Riaño; aquel Frente de Juventudes formó excelentes dirigentes sociales, algunos de los cuales –por lícita vocación política y no menos lícito desengaño– ejercieron y ejercen su liderazgo en fuerzas políticas de signo dispar.

Yo sigo opinando que los elementos esenciales de lo joseantoniano tienen *la virtualidad de formar hombres nuevos*, si queremos llamarlo así, para formar una «sociedad nueva».

(Aprovecho para hacer un paréntesis, y que conste que barro para casa: en esta formación de «hombres nuevos» –y «de mujeres», que añadiría un escrupuloso políticamente correcto–, en el ámbito de la formación no formal, sigue existiendo –milagrosamente– una Organización Juvenil Española, a la que algunos que se llaman joseantonianos no suelen prestar atención y mucho menos ayuda, quizá porque no ven en ella símbolos de otros tiempos. Lo joseantoniano informa la Promesa de la OJE, su Estilo y sus actitudes ante los marcos de referencia cambiantes. Lo que ocurre es que ha sabido evolucionar al compás de los tiempos, dejando respetuosamente en la cuneta de la historia lo que pertenecía a la historia. ¡Ojalá las organizaciones políticas explícitamente joseantonianas hubieran sabido adoptar esta línea de salvar la esencia y arribar lo accesorio! Y cierro el paréntesis).

Vuelvo a las palabras del historiador Casals, que hablan de «incidir en nuevos proyectos de posible signo tercerista»...

Es curioso que Victoria Camps, en su prólogo a *La Tercera Vía* de Tony Blair, defina a ésta como «camino intermedio entre la vieja izquierda y la nueva derecha, entre el liberalismo sin más y una social-democracia con poco aliento», y que el propio líder inglés nos diga:

Mi visión de cara al siglo XXI es la de una política popular que reconcilie temas erróneamente considerados como antagónicos: patriotismo e internacionalismo; derechos y deberes; promoción de la empresa y lucha contra la pobreza y la discriminación.





## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

Y que afirme que «la familia sigue siendo el elemento más importante de la sociedad» o que «hay que encontrar nuevas formas de participación de los ciudadanos».

Desde una perspectiva «ortodoxa», nos puede parecer insuficiente, pero, si el mundo va por ese camino, qué mejor invitación para quienes preconizamos esa síntesis de valores entre la derecha y la izquierda, entre lo tradicional y lo moderno, entre lo local y lo universal, entre lo espiritual y lo material, que *profundizar en ese terreno, que es como recuperar nuestras esencias, en lugar de verlas como contradicciones irresolubles*. Y eso, repito, es tarea de un debate común.

Uno de los mejores pensadores actuales, José Antonio Marina, nos dice que «las contradicciones se resuelven por elevación», que es lo que intentó José Antonio Primo de Rivera en su época y lo que no han sido capaces de interpretar algunos de sus seguidores.

Y ya que hablamos de Marina, ¿nos hemos parado a reflexionar sobre las coincidencias de muchas de sus afirmaciones con lo que nosotros sostenemos? Marina, influenciado por los pensamientos de Ortega y de Ors, rechaza nuestros tópicos, pero se aproxima, sin seguir lo políticamente correcto, a lo esencial; basta con leer su propuesta de una «*Poética de la acción*», que nos puede resultar familiar...

En otro orden de cosas, ¿cómo explicar el atractivo que la figura de José Antonio tiene para ese «ácrata ibérico» que es Fernando Sánchez Dragó? acaso hemos dejado escapar, por pereza intelectual, facetas del pensamiento y de la ética joseantonianos que otros han captado con más lucidez, y nos hemos contentado con repetir, como si de la Biblia se tratara, frases entrecomilladas pronunciadas hace más de setenta años...

En ocasiones, nos hemos distanciado deliberadamente del mundo político, argumentando que «no éramos del sistema». Aun de acuerdo con esto último, lo cierto es que la consecuencia es que, hoy por hoy, no disponemos de un lugar bajo el sol.

Me gustaría distinguir entre jerarquía de objetivos, y pongo un ejemplo de mi campo profesional que es la educación. Si decimos que todo educador pretende «formar la personalidad integral del alumno», estamos formulando un axioma; pero, en el día a día, mis objetivos en el aula son más modestos: que mis alumnos sepan leer comprensivamente, analizar una oración o comentar un texto.

Pues bien, si afirmamos que lo joseantoniano hoy se debe configurar como *alternativa al Sistema*, estamos afirmando un deseo, un objetivo y una realidad, que pertenecen al plano de la *utopía*, que no es realizable por sí misma.

Pero si afirmamos que, en la medida de nuestras posibilidades y *de nuestros esfuerzos y voluntad*, debemos trabajar para construir una sociedad cada día mejor, también estamos afirmando un deseo, un objetivo y una realidad que pertenecen al plano de la *eutopía*, es decir, la búsqueda de un «lugar mejor» para los seres humanos.



## XI UNIVERSIDAD DE VERANO. Madrid. Septiembre, 2007

La eutopía no cierra el paso a la utopía; al contrario, contribuye a hacerla posible en el tiempo. *Lo que sí constituye una negación de ésta y de aquélla es la actitud de persistir en el círculo cerrado de las pequeñas ambiciones, de la lucha por las legitimidades, del imposible retorno al pasado, de la nostalgia, de la «revolución de café», de la exaltación momentánea y del clientelismo electoral.*

Debemos seguir con interés el derrotero de quienes, desde la derecha o desde la izquierda, buscan caminos novedosos y se empeñan en no seguir los dictados de los partidos políticos, aunque discrepemos de muchas de sus ideas. Y debemos abrirnos al exterior, aunque nos sea incómodo, sin persistir en una endogamia empobrecedora.

Hace un par de meses, en una tertulia política donde no predominaba lo joseantoniano, un miembro del «Partido por la Ciudadanía» afirmó que el propósito de su grupo era «redefinir España para unirla más». Sus palabras me trajeron a la memoria aquellas de José Antonio en las que preconizaba «construir el concepto de Nación desde otras bases».

Posiblemente, quien se expresó así en aquella tertulia no había leído a José Antonio, pero ¿qué importa, si había llegado a la inquietud española por otros caminos?

Creo que ahí está nuestro *reto inmediato*, resumen de otros retos que hemos mencionado: participar en la construcción de la eutopía sin perder de vista la utopía; aceptar los rasgos del mundo actual como aventura, no como obstáculo infranqueable; adivinar los caminos, en lugar de transitar por lo trillado; aportar nuestra interpretación, con alegría y humildad, y asimilar todo aquello que nos parezca compatible con la esencia de lo joseantoniano. Y ponerlo en un permanente foro común de pensamiento y acción, dotado de la máxima generosidad.

Para seguir como estamos no hace falta mucha imaginación, y sobran foros como éste: seguir satelizados y ninguneados por una derecha con la que tenemos muy poco que ver; imitar actitudes de la izquierda, con la que tampoco es que tengamos mucho de identificación; ensayar facetas populistas o demagógicas que terminan fugazmente en el abatimiento; huir de la autocrítica; debatir el sexo de los ángeles mientras los turcos se asoman a los muros de Bizancio...

España, Europa, el mundo, están ahí fuera, llenos de síntomas joseantonianos, esperando eutopías y utopías que los hagan mejores.